

LA PLAYA DE LAS TORTUGAS

LA PLAYA DE LAS TORTUGAS

HANNAH GOLD



Ilustrado por Levi Pinfold
Traducción de Marcelo E. Mazzanti



Duomo ediciones

Publicado por primera vez en inglés por HarperCollins Publishers Ltd. bajo el título:
Turtle Moon

© 2024, del texto, Hannah Gold

© 2024, de las ilustraciones del interior, Levi Pinfold

© 2024, de las ilustraciones de la cubierta, Levi Pinfold

© 2025, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti

Traducido gracias al acuerdo con Harper Collins Publishers Ltd.

Hannah Gold y Levi Pinfold hacen valer los derechos morales que los reconocen como la autora y el ilustrador de este libro respectivamente.

Maquetación: Endoradissey

ISBN: 978-84-10346-70-3

Código IBIC: YF

Depósito legal: B 7.482-2025

© de esta edición, 2025 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: junio de 2025

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona 11, 3.ª 1.ª izq., 08010 Barcelona

www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Impreso en Grafica Veneta S.p.A., Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*A todas las madres del mundo, os hayan llegado los hijos
como os hayan llegado y hasta si no os llegan.
Que vuestra luz siga brillando.*



CAPÍTULO UNO

El roble

SILVER TREVELON se agarró con una mano y pasó de una rama a otra de su árbol preferido, un roble de tamaño y edad medios que con el transcurso de los años había visto muchos cambios, vivía al fondo del jardín trasero de la familia y era especialmente idóneo para trepar.

Y eso mismo, trepar por los árboles, era lo que más le

gustaba a Silver. Le encantaban el tacto rugoso, nudoso, de la resina en las yemas de los dedos, la brisa fresca en el rostro y las cosquillas que le provocaba en la nariz el olor fuerte y terroso de la madera. Pero lo que más le gustaba era estar en las alturas. Allí, acunada en las ramas más altas, era donde mejor podía pensar en las cosas más profundas.

En realidad, le habían prohibido volver a trepar el roble desde que se había caído y había tenido que llevar el brazo enyesado tres semanas. Pero esta vez, pensó mientras subía hasta la tercera rama más alta (segura y cómoda, ideal para posar un trasero de once años), se trataba nada más y nada menos que de una Emergencia, así, con E mayúscula.

Un rato antes había hecho un examen de arte en el cole y había fracasado. Y no solo había fracasado, sino que había fracasado miserablemente. Hasta Roger White lo había hecho mejor, y solo había pintado un insecto palo con ojos un poco sorprendidos.

Silver soltó un bufido al pensar en ello, y sacó su obra.

—¿Y esto qué se supone que es? —le había preguntado la profe, la señora Snootle, arrastrando las palabras, entre las risitas de toda la clase... toda menos Aziza, que era su mejor amiga y nunca se reía de ella, ni aquella vez que Silver se olvidó de cambiarse los pantalones y se presentó en el cole con los del pijama, que simulaban la piel con manchas de un leopardo.

—Esto —contestó Silver, un poco fastidiada por la pregunta— es lo que se llama «arte abstracto».

—Ah. —Snootle giró la hoja hacia un lado y hacia el otro, con gestos exagerados—. Veo, Silver, que aunque hayas aprendido algunas de las palabras de tu padre, en realidad no has heredado mucho de su talento.

Ahora, al recordarlo, Silver agitó con rabia las piernas que colgaban de la rama. No muy fuerte, para no herirle los sentimientos al árbol, pero sí lo suficiente como para asustar a las hojas y hacerlas temblar.

—¿Cómo voy a explicárselo a papá? —murmuró.

Desde las alturas tenía una vista perfecta del estudio donde él trabajaba. Aunque quizá llamarlo «estudio»

era un poco atrevido; en realidad, no era más que una modesta terraza interior añadida a la casa, pero a su padre le encantaba porque era muy luminosa y, como no dejaba de repetir una y otra vez, los artistas respiran luz igual que los peces respiran agua.

Silver vio su silueta a través de las puertas de cristal, mientras caminaba arriba y abajo ante su último lienzo. Cuando ella se había ido al cole por la mañana, él la había abrazado poniéndola cabeza abajo (el abrazo preferido de la niña) y hasta le había prestado su pincel más caro, el de cerdas de pluma de águila que había comprado en una expedición a Mongolia.

Entornó los ojos y contempló de nuevo su obra. Estaba clarísimo que representaba un pulpo, pero era una interpretación personal de ella, así que ¿qué importaba que no tuviese tentáculos?

Su padre insistía en que no es necesario entender un cuadro la primera vez que lo ves. Que, a veces, el objetivo del arte es hacerte mirar bajo la superficie y encontrar el tesoro enterrado.

¿Quién podía saberlo mejor que él mismo?

Hacía años, cuando Silver era pequeña, él había escrito e ilustrado un libro para niños. Se llamaba *Aventura en el bosque*, y contaba, eso, las aventuras de un grupo de diferentes animales. Nadie esperaba que se vendiera bien, pero, a saber por qué, despertó la imaginación de la gente, y Jack Trevelon se hizo un poco famoso. No muy famoso: nadie lo paraba en la calle para pedirle un autógrafo (excepto la vecina de al lado, la señora Holland, que, curiosamente, le pidió que se lo dedicara a su perro salchicha, Harold), pero sí lo bastante famoso como para que algunos creyeran que Silver también tendría talento.

Pero no lo tenía.

En realidad era malísima.

Por costumbre, se llevó la mano a su collar con un corazón. Se lo habían regalado sus padres cuando cumplió siete años, como recordatorio de lo especial que era ella.

—¡Plata para nuestra Silver! —le dijeron a la vez.

Mientras ella desenvolvía el regalo, su madre le había

contado de nuevo por qué le habían puesto un nombre tan poco habitual: la noche en que su madre la tuvo, había luna llena. Superllena. La luna puede ser de muchos colores: naranja, dorada... hasta del color de la sangre. Pero aquella noche de hacía poco más de once años era plateada.

El único problema era que la propia Silver no se sentía muy plateada. La plata era muy valiosa. Preciosa. Brillante. Despertaba emociones, ya fuese en una tiara, en fuegos artificiales o en la mejor cubertería de la abuela. Era algo que guardar en una caja de lujo forrada por dentro de terciopelo. En cambio, Silver a menudo tenía ramitas en el pelo, organizaba carreras de caracoles en sus brazos, sacaba las peores notas de la clase y era capaz de soltar eructos tan largos que podía recitar medio alfabeto.

Volvió a mirar su pintura.

Cierto: el trazo era un poco inseguro. Y los tres corazones del pulpo podían confundirse con bocas abiertas, hambrientas. O con tres culos. ¡Puaj!

¿A quién iba a engañar? Su padre tenía más talento en un meñique que ella en todo el cuerpo.

Dobló la hoja y se la metió en el bolsillo de la chaqueta, donde también había guardado el pincel.

Oh, oh.

La boca se le secó de repente. El pincel. ¿Dónde estaba?

Debía de habersele caído mientras trepaba al árbol. Buscó por la rama, entre todos los recovecos, hasta metió un segundo la mano en un agujero grande, como de lechuga. Pero no había ninguna lechuga, solo bichos bola y arañas. Sintió un escalofrío. La mayoría de los animales le encantaban, pero había excepciones.

El caso es que el pincel no aparecía por ninguna parte.

—¡Mecachis en la tinta! —exclamó. Era la maldición que siempre soltaba su padre cuando se le caía pintura en la ropa, que era muy a menudo.

Frustrada, dio una patada en el aire. Y entonces vio algo brillante.

¡El pincel!

Estaba atrapado entre las hojas de una ramita de aspecto peleón. A solo un brazo de distancia. Lo estiró para llegar...

... y se cayó de cabeza del árbol.



CAPÍTULO DOS

¡Mecachis en la tinta!

SILVER FUE AGARRÁNDOSE de rama en rama, como una acróbata, hasta aterrizar sana y salva en un suave cojín de hojas y ramitas cerca del suelo. Desde ahí saltó sonriente a la hierba.

—Gracias, amigo.

Le hizo una caricia al tronco, se quitó unas cuantas

hojas del pelo y fue dando saltitos por entre las piedras del jardín, imaginándose que huía de cocodrilos que la perseguían de cerca. Al llegar a la puerta trasera de la casa, se detuvo.

Se limpió la tierra de las uñas y echó un vistazo al porche, en busca de la bata de trabajo de su madre. Siempre la dejaba en el mismo colgador al volver a casa. Ahora no estaba. Mientras se quitaba la gorra de béisbol y la lanzaba hacia uno de los ganchos (falló), su corazón pareció soltar un resoplido de alivio.

Solo en la última semana, su madre ya le había metido tres broncas: una por dejar los zapatos llenos de barro en mitad del pasillo, otra por salpicar leche en la mesa de la cocina mientras comía cereales, y otra más por poner la música demasiado alta mientras se daba una ducha. Silver llevaba un tiempo aplicándose en comportarse, pero era como si fuese incapaz de hacer nada bien.

—Silver, ¿eres tú? —la llamó su padre al oírla.

—¡Voy!

El estudio de su padre era otro de los lugares preferi-

dos de Silver además del roble, aunque el olor a aguarrás le provocaba picores en la garganta. El espacio estaba repleto de lienzos en blanco apoyados contra las paredes, había una mesa de trabajo de madera con un montón de frascos vacíos de mermelada y pinturas de todos los colores imaginables.

Como siempre, él llevaba sus pantalones caqui de camuflaje arremangados por encima de los talones y una camisa blanca llena de goterones de pintura. Le dedicó una sonrisa cariñosa a su hija, le cogió de la oreja el pincel de cerdas de pluma de águila y volvió a concentrarse en la enorme tela que tenía delante. Se produjo una larga pausa.

—Silver —le preguntó por fin—, ¿qué te parece? ¿Pinto esta parte del cielo de color obsidiana o gris ceniza?

Ella contempló la pintura y frunció el ceño.

Un par de años antes, su padre había hecho una exposición en una galería pija de Londres. Para la inauguración, se había puesto un traje que lo hacía sudar a

chorros. A Silver le pareció como si hubiese alquilado un padre nuevo por una noche, uno que era como si se hubiese dejado toda su personalidad en una bolsa.

Ahora sintió algo parecido al examinar el cuadro. No había toques de colores brillantes, ni golpes de luz, ni nada llamativo; el lienzo estaba dominado por un cielo nublado y amenazador, y abajo una barquita parecía estar siendo golpeada de un lado a otro por olas muy fuertes y enfadadas.

A Silver le gustaba mucho más cuando pintaba cosas divertidas, como las ilustraciones de *Aventura en el bosque* o los dibujitos que le hacía a la hora de irse a dormir, historias de magos, dragones y unicornios con los que llenaba montones de hojas en blanco. Pero hacía mucho que no le veía nada de eso.

—Bueno, ¿qué? —le insistió él, que ahora se había puesto el pincel entre los dientes.

En la mesa había un tubo de pintura dorada, bonita, brillante, que podía hacer que el cielo fuese precioso, como los de California.

—Mejor el dor...

—Mejor el obsidiana, creo —la interrumpió él—. Un cristal que se forma al enfriarse la lava de un volcán. También la llaman «la piedra de la verdad». Y, hablando de la verdad, ¿qué hacías subida a ese árbol?

—¿Có... cómo lo sabes?

Su padre no le contestó, al menos con palabras. Lo que hizo fue mover dramáticamente el pincel en el aire como si pintara una X.

—Tienes que prometerme que no vas a volver a hacerlo.

Silver soltó un suspiro.

—Te lo prometo.

—Podrías haberte roto el cuello, y tu madre ya tiene mucho trabajo como para, además, estar preocupándose todo el rato por ti.

Silver iba a replicarle que no se había roto el cuello, pero entonces vio que su padre había puesto cara de «No me discutas». Él dejó el pincel en un frasco lleno de aguarrás y la llevó a un sofá viejo y gastado que

tenía en un rincón. La niña se le agarró al brazo; olía a pintura y acrílicos, un aroma familiar que la hacía sentirse segura. Se sentaron y apoyó la cabeza en el hombro de él.

—Bueno, tesoro, ¿el pincel de águila ha hecho su magia?

¡Mecachis en la tinta! Silver esperaba que se hubiese olvidado del examen. Nada convencida, se llevó la mano al bolsillo y sacó su obra.

Su padre alisó la hoja.

—¡Un pulpo! —Sonrió—. ¡Y mira, tiene los tres corazones como nosotros tres: tú, tu madre y yo! Supongo que te habrán puesto una de las mejores notas.

Ella pensó en recordarle que jamás había sacado una de las mejores notas en nada, pero lo vio tan ilusionado que solo se encogió de hombros.

—A la señora Snootle no le impresionó mucho.

—¿Y qué narices sabe esa señora Escupe!? —exclamó él. Siempre la llamaba así, y siempre conseguía que Silver soltara una risita—. ¡Este pulpo es magnífico!

El teléfono la salvó de más preguntas. Era un aparato tan antiguo que había que meter el dedo en cada número y hacerlo girar, uno por uno. Su padre no creía en «esas chorradas tecnológicas nuevas».

—Debería contestar.

Mientras él iba a la cocina a descolgar, Silver fue hasta la mesa a mirar más de cerca el tubo de pintura dorada. No estaría hecha de lava de volcán, pero era mucho más atractiva.

Más bien parecía hecha con trocitos del propio sol.

Lo cogió y lo agitó un poco. Entonces vio un sobre que había debajo. Estaba cubierto de sellos lejanos, matasellos y pegatinas de correo aéreo y unas cuantas gotas de pintura azul tormenta.

A veces su padre recibía cartas de fans de otros países. Quizás esta fuese una de ellas. El sobre tenía un olor muy especial que no consiguió identificar, algo dulce y agrio a la vez. Le dio la vuelta. En el dorso, estampado en tinta verde, había un dibujo de una tortuga.

—Qué mono —murmuró.

No iba por ahí leyendo cartas ajenas (al menos no muy a menudo), pero la parte de arriba de la hoja que asomaba era demasiado tentadora: estaba decorada con figuras impresas de árboles de todas las formas y tamaños. Debajo decía bien grande:

CENTRO DE RESCATE DE PLAYA TORTUGA

Y, más abajo aún, el saludo: «Apreciado Sr. Trevelon». El noventa por ciento de la carta estaba dentro del sobre, así que no se leía nada más.

Silver volvió a pensar que debía de ser una carta de algún fan, uno amante de los animales, que era la clase de gente a la que su padre atraía. A él no le importaba que le leyese las cartas, pero prefería verlas él antes y darle permiso. Pero solo por esta vez...

—¡Jack! ¡Silver! —sonó la voz de su madre—. ¡Ya estoy en casa!

La niña la miró entrar. Tenía los rizos castaños recogidos en el moño de siempre y los hombros hundidos. Sin

duda, estaba rendida después de una larga jornada en la consulta. Silver iba a devolver el saludo, pero entonces su madre se detuvo ante la foto de familia de los tres, la que se habían sacado el año anterior en la playa, y la tocó con las puntas de los dedos. El rostro se le cubrió de melancolía durante un instante tan breve que Silver creyó que quizá se lo había imaginado ella misma.

—¡Siento llegar tarde! —exclamó la mujer, estirándose para poner recta la espalda—. Una urgencia de última hora con una cobaya fugitiva...

—No hace falta que te disculpes. —El padre de Silver salió de la cocina—. Ya sé que las cobayas tienen preferencia sobre los maridos.

Los dos se sonrieron.

Entonces él se quedó inmóvil. Se le puso la cara roja y...

—¡Achíís!

Estornudó tan fuerte que hizo temblar las paredes. Con la cara como una remolacha, señaló acusadoramente con el pincel la bata pálida de ella. Siempre se

quitaba la ropa de trabajo al entrar. Bajó la vista y se miró, como sorprendida de llevarla puesta todavía.

Él se tapó la nariz para evitar un segundo estornudo aún más fuerte. Pero no pudo evitarlo, y fue como la erupción de un volcán.

—¡Aún... llevas... la... bata!

Siempre se reían de eso: el estudiante de arte alérgico al pelo de animal que se había enamorado de la ambiciosa veterinaria.

Estornudó una tercera vez, y sus manos —y por consiguiente el pincel— parecieron adquirir vida propia. El pincel en cuestión salió volando y esparció pintura de color obsidiana por todas partes: las paredes, el suelo de madera y hasta en la punta de la nariz de su esposa.

Ella entornó los ojos marrones hasta que adquirieron el aspecto de picos de pájaro afilados.

—Jack Trelvon —le espetó mientras se borraba la mancha de la nariz—, hoy solo me faltaba esto. En serio.

A Silver se le encogió el corazón. En otros tiempos, su madre se habría echado a reír y después habría mirado

al infinito, como cuando un cachorrillo ha hecho alguna trastada. Hasta podrían haber acabado besándose (¡puaj!). Aunque a veces sentía un poco de vergüenza al verlo, era muy preferible a la tensión horrible que ahora llenaba la casa entera, una tensión que la hacía sentirse como si siempre estuviese pisando cáscaras de huevo con los pies desnudos.

Bajó la vista y miró el sobre que tenía en las manos. La tortuga pareció devolverle la mirada. Silver se sintió culpable, volvió a dejarlo debajo del tubo de pintura dorada y se dirigió en silencio a las escaleras.